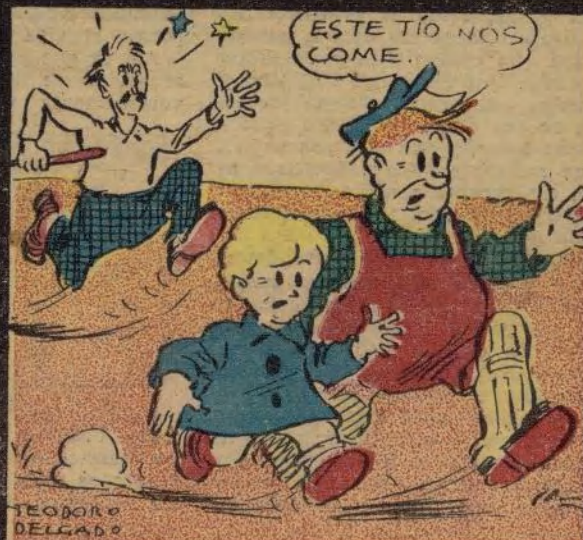
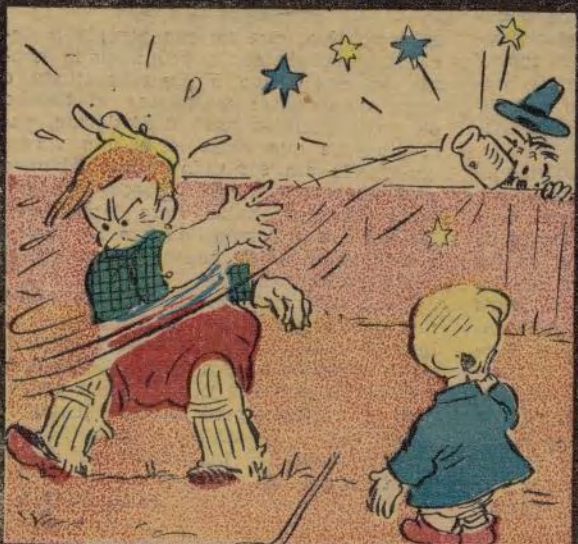
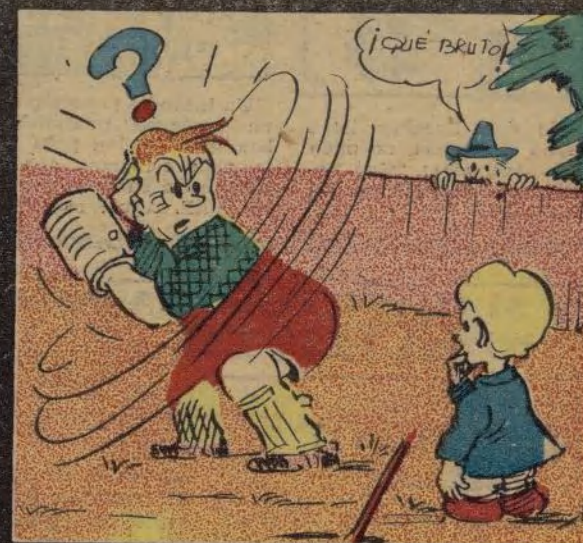
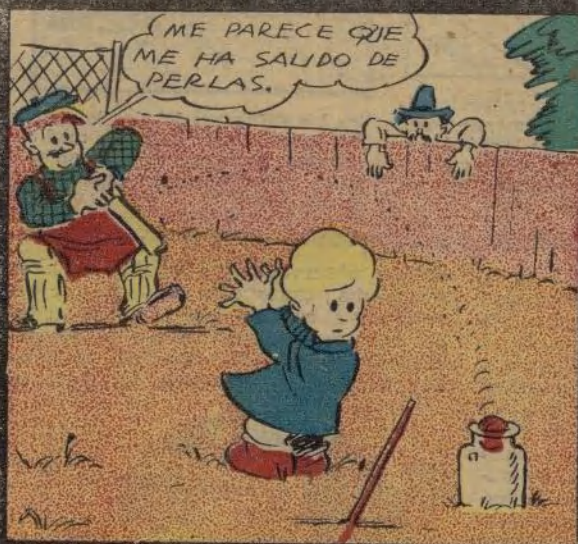


AÑO VI.—NUM. 285

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)  
MADRID.— ALFONSO XI, 4.— APARTADO 466

25 de octubre de 1934

**GRACIOSÍSIMAS AVENTURAS DE MOSQUITO Y MOSCARDÓN**





## EL PESCADOR



Don Berritos era un decidido pescador de caña que lo mismo pescaba un salmónete que una ballena que se le pusiera a tiro.



Pero si don Berritos pescaba en húmedo, el "caco" Trotapoco pescaba en seco con gran maña y destreza; así es que, mientras



el decidido pescador ensartaba truchas y barbos, Trotapoco iba llenando su bolsa con los pescados y poniendo en la del pescador unos repetables ladrillos.



Y cuando don Berritos llegó muy ufano a su casa, no pudo menos de exclamar: "¿Qué peces más raros estos. ¿Dónde los habré pescado?"

## VERDADES Y MENTIRAS

### LA JUGADA DEL AVARO

Un avaro entró en un café y pasó junto a dos amigos que se disponían a jugar a la brisca. Los amigos, al verle, le invitaron a tomar parte de la partida; pero el avaro se negó a ello.

—Dispensadme, queridos; pero no tengo el vicio de jugar.

—La brisca no es ningún juego, en el mal sentido que se da a esta palabra. La brisca es un nodo de pasar el tiempo hasta a hora de ir a dormir.



—No me vengáis con sutilezas. Cada cosa es lo que es.

—¡Vamos! Una partida sola. Acabamos en seguida.

—¡No tengo yo el dinero para tirarlo!

—¿Pero, sabéis a cuánto se juega? A cinco céntimos la partida; y cada partida dura tres cuartos de hora...

Tanto dijeron e insistieron, que el avaro cedió y se sentó a jugar con ellos. Sobre la mesa había un platillo. Uno de los amigos puso en él sus cinco céntimos; el otro, otros cinco. Se barajaron las cartas, se dieron, y se descubrió la brisca. Entre tanto, el avaro se había sentado, se había frotado las manos y, con aire distraído, recibía las cartas sin poner los cinco céntimos que le correspondía. Sus compañeros, que

eran personas educadas, no sabían cómo indicárselo para no molestarle.

Uno de ellos tuvo una idea. Contó las monedas del plato y, dirigiéndose a su amigo, le dijo: —Querido, sin duda te has olvidado de poner tu moneda.

El otro comprendió al instante la treta y respondió:

—Estoy seguro de haberla puesto. Serás tú el que te has olvidado.

Ambos pensaron que el avaro comprendiese la indirecta; pero éste seguía haciéndose el distraído sin preocuparse de la discusión.

—Yo puedo asegurarte que he puesto...

—¡Pues aquí no hay más que diez céntimos! Alguien falta que poner.

—Serás tú, sin duda.

—Te ruego que no insistas. Hasta conozco la moneda que puse...

—Yo también la mía...

Y así continuaron, hasta que levantándose el avaro les interrumpió:

—¡Señores! Esto no es una partida de brisca; esto es una disputa y a mí no me gusta disputar. Por lo tanto, os ruego que me dispenséis. Retiro mis cinco céntimos y me marcho...

Y dejó a sus amigos con un palmo de narices.

### UNA ORACION MUY DIFÍCIL

Un día, el rey de Francia Enrique III pasaba por la calle de San Honorato, de París, junto a la Cruz del Traidor, donde se ejecutaban por entonces las sentencias de muerte. En aquel preciso momento el verdugo se preparaba a ejecutar a un malandrín. Cuando éste vió al rey, se

puso a gritar con voces lastimeras:

—¡Gracia, señor! ¡Tened piedad de mí! ¡Perdonadme!

Enrique III se enteró al punto del crimen por el que se castigaba a aquel hombre, y, sabiendo que era un gran delincuente que no merecía compasión, continuó su camino, diciendo de paso:

—Está bien. Esperad a que termine sus oraciones. No ejecutéis la sentencia hasta que ha-



ya terminado el "In manus tuas..." esto es, la oración de recomendación del alma para los agonizantes.

Cuando el reo oyó esta orden del rey, juró en su interior no pronunciar jamás tal oración, porque el soberano había prohibido que lo matasen antes de que la hubiese pronunciado; y con tal obstinación se encerró en su negativa, que el verdugo y sus ayudantes no sabían qué hacer.

¿Qué había que hacer? Fue preciso dar cuenta al rey, quien al enterarse de la astucia del reo, se echó a reír.

—No sospechaba yo que con ese bribón se debiesen pesar las palabras. Me ha cogido por las mías y hay que resignarse. La palabra del rey no falla. Mantengo lo que he dicho y le concedo el perdón.

## ¡VAYA HUESO!



Aquí tenemos de nuevo a nuestro antiguo conocido Mendruguito, que, como siempre, estaba pensando en hacer daño;



el inocente Chucho vió un hermoso hueso y se lanzó por él; pero Mendruguito, con su mala idea característica, se lo arrebató al perro y, atándolo en un



canalón, se divertía extraordinariamente, viendo los esfuerzos del can por llevarse la presa apetitosa. Mendruguito la gozaba en grande; pero fueron ta-



les los esfuerzos del chucho, que, llevándose por delante medio canalón, le demostró a Mendruguito que ríe mejor quien ríe el último.

## SALVESE QUIEN PUEDA



Un incendio pavoroso destruía un moderno rascacielos. Los bomberos hacían para sofocarlo más esfuerzos que un ciclista para subir un puerto; pero inútil. Aquel era un incen-



dio que conocía su oficio y no lo sofocarían ni dándole veinte carreras a pie. En lo alto... de un piso bajo, un vecino daba terribles alaridos: "¡Socorro! ¡Socorro! ¡No hay quién me sal-



ve?" Y viendo que, naturalmente, no le hacían el menor caso, cerró los ojos y se lanzó desde la TERRIBLE altura de un metro, mientras pensaba: "Soy un verdadero héroe".



## LOS MARAVILLOSOS VIAJES DE GULLIVER

### CAPITULO VII

(Continuación)

Que la sentencia propuesta por el secretario, lejos de ser un remedio contra este mal, le aumentaría según todas las apariencias, como se evidencia del común uso de sacar los ojos a ciertas aves para que coman más y engorden prontamente. Que Su Sacra Majestad y su Consejo, que eran vuestros jueces, estaban en sus conciencias bien ciertos de vuestro delito, y que esta prueba era más que suficiente para condenaros al suplicio, sin recurso a otras formalidades prevenidas por el riguroso sentido literal de la ley.

Pero S. M. L., absolutamente determinado a salvaros la vida, dijo, respirando benignidad, que pues juzgaba el Consejo por castigo demasiado pequeño la pérdida de los ojos, podía agregarse a él alguno otro. Entonces vuestro amigo el secretario, pidiendo con sumisión que le escuchasen para responder al reparo puesto por el tesorero en orden al exorbitante gasto que S. M. sufría por manteneros, expuso: que nadi mejor que Su Excelencia, pues era el único in-

tervenor en las rentas imperiales, podía remediar fácilmente aquel daño, disminuyendo vuestra ración poco a poco; que por este medio, faltándoos el preciso alimento, llegaríais a poneros flaco y extenuado, perderíais el apetito, y muy presto la vida también.

Así es que por la buena amistad del secretario se ha podido determinar favorablemente vuestro negocio. Están



dadas órdenes muy estrechas para que no trascienda el designio de que lentamente os vaya consumiendo el hambre. La sentencia de sacaros los ojos está

registrada en la secretaría de Cámara del Consejo, sin más contradicción que la del almirante Bolgolam. Dentro de tres días se pasará orden al secretario para que venga a vuestro alojamiento y os haga saber en persona los artículos de la acusación, como también la gran clemencia y gracia de S. M. y su Consejo, conformándose con la sola pena de que perdáis los ojos, a la cual no duda que os someteréis con toda la humildad y reconocimiento correspondiente. Después vendrán veinte cirujanos del Emperador a hacer la operación con unas saetas muy agudas, que os penetrarán en las pupilas estando acostado sobre el suelo. Ahora vos sabréis tomar la oportuna determinación que os dicte la prudencia. Yo me retiro con la misma reserva que he venido, para evitar sospechas.

Despidióse Su Excelencia dejándose sumergido en un mar de inquietudes. Era costumbre introducida por este príncipe y su ministro (bien distinto de lo que me informaron se usaba en los primeros tiempos) que después que la Corte había deliberado un suplicio para satisfacer el resentimiento del Soberano o la malicia de un privado, el Emperador hablaba en Consejo pleno acerca de su dulzura y clemencia, como cualidades reconocidas por todos. Muy pronto se publicó por todo el Imperio la resolución de mi causa; pero nada inspiró tanto horror al pueblo como estos elogios de la clemencia de S. M., porque

habían observado que cuanto más se ponderaba, tanto más injusto y cruel solía ser el suplicio. Por lo que a mí toca debo confesar que como ni mi nacimiento ni mi educación me destinaban a cortesano, entendía tan poco de



esta política, que no me atrevía a decidir si la sentencia pronunciada contra mí era suave o rigurosa, justa o injusta; ni quise malgastar el tiempo en pedir permiso para defenderme, pareciéndome que sería lo mismo verme condenado sin ser oído; pues habiendo conocido otros muchos procesos semejantes, siempre había visto determinarlos por los informes dados a los jueces y a la voluntad de acusadores acreditados y poderosos.

Tuve mis ciertos impulsos de hacer resistencia, que al fin, hallándome en libertad, todas las fuerzas del Imperio no me igualaban, y hubiera podido muy fácilmente destruir y arruinar a pedradas la capital; pero detesté luego al punto este pensamiento con horror, acordándome del juramento que había prestado a S. M.

(Continuará)



# LA CAMPANA DE LA JUSTICIA

(Continuación)

Poco después la ración del caballo se redujo a la cuarta parte, y el pobre cuadrúpedo apenas podía sostenerse. Y una tarde, sin que nadie se diera cuenta, suelto el ronzal salió del espacioso recinto que servía de caballerizas a los caba-



llos cristianos. Y se puso a vagar por la ciudad.

No eran por entonces las calles de las ciudades como lo son ahora, sobre todo en las ciudades europeas. No había aceras, y al pie de los edificios y de las tapias de huertos y jardines crecían libremente las hierbas. Nuestro caballo, comiendo aquí y allá algunas matas de hierba, y alzando de vez en cuando la cabeza para alcanzar los brotes que asomaban por los muros, llegó paso a paso hasta el pie de la espadaña donde pendía la campana a cuya cuerda se había enroscado la clemátide formando ya un robusto tronco. El caballo alzó el morro y devoró las hojas más bajas; luego, olfateando por encima más tierno pasto, alzó el cuello cuanto pudo, mordió una rama, tiró de ella con fuerza, sacudió la clemátide, y con ella, naturalmente, la cuerda de la campana, y en el silencio



de la noche retió claro y argentino el son de una campanada. Aquellos ecos, por tanto tiempo dormidos, alarmaron a muchos, y despertaron a otros de su sueño; pero todos creían que se trataba de alguna ilusión de sus oídos, cuando una nueva campanada vino a realzar la anterior.

La campana, puesta ya en movimiento, obedecía con mayor facilidad a las sacudidas de la cuerda enredada en la clemátide, y comenzó a doblar rítmicamente, sembrando la alarma en la ciudad.

Toda la población se puso en pie, y los jueces del Consejo Supremo, sabiendo que el rey no perdonaba ninguna injusticia, desperezándose y lanzando imprecaciones contra aquel importuno que interrumpía su sueño, vistieronse presurosos, temiendo encontrar ya al soberano en el lugar del juicio.

Todos se encaminaron hacia el torreón con antorchas encendidas y con armas, y todos vieron al caballo que, en medio de tanta agitación, no cesaba de comer, y, por consiguiente..., de tocar la campana.

—¡Paso! ¡Paso!—gritaron los soldados de la escolta.—¡El rey se acerca!

Abrióse paso y apareció el soberano, quien al contemplar la escena que allí se desarrollaba, y señalando al caballo que no cesaba de comer y de tocar la campana, pidió explicaciones de lo que ocurría, y supo toda la historia del desventurado "Yo".

Y, desempeñando su papel de juez supremo, como si de un juicio se tratase, sentenció de esta manera:

—El caballero Godofredo, que se ha beneficiado de todos los méritos y cualidades del caballo cuando era joven, debe mantenerlo ahora de viejo. Está obligado a ello. Toda la juventud de este pobre animal se ha sacrificado a la vanidad, al decoro y a la vida de su dueño: a la vanidad en las fiestas de paz; al decoro,



en los torneos, y a la vida en las empresas guerreras. Quien ha disfrutado lo bueno de una juventud, debe soportar lo malo de una vejez. Quien ha aprovechado lo mejor de la existencia de otro, aunque sea de un animal, debe sentir el deber de sobrellevar lo peor. Es muy cómodo exprimir el jugo de una fruta, y tirar la cáscara. Pero el jugo de una vida no ha de ser como el de un limón. ¡Desgraciados de nosotros si así fuera!

Todos los poderosos llegan a ser lo que son, solamente porque en su camino han hallado alguna gruta sobre la que cabalgar. Y no hay hombre alguno en el mundo que no se haya encaramado sobre otros seres.

El caballero Godofredo debe mantener a su caballo "Yo" igual y aun mejor de como lo mantenía cuando le servía en



las gratas cabalgatas de placer y en los rudos combates gloriosos. ¡Si no lo hiciera, incurriría en mi cólera!

Y el pueblo aplaudió la sabia sentencia del rey.

## LOS TRES AVENTUREROS

CONTINUACIÓN



249

Los tres aventureros, en unión de Blake, llegaron poco después al domicilio del detective, donde se lavaron y repusieron las fuerzas. Blake llamó a unos almacenes y nuestros tres amigos fueron equipados de ropa y calzado en forma conveniente. Luego descansaron para reponer las perdidas fuerzas, y a la mañana siguiente se reunieron en el



250

comedor con el policía, narrándose sus mutuas aventuras.

El inteligente Blake prometió solemnemente que ayudaría a los muchachos a buscar a los padres de Rafa, y a tal fin se puso al momento al habla con sus mejores agentes, dándoles órdenes telefónicas para que investigasen el paradero de la familia del niño. Luego, el



251

detective les invitó a que se detuvieran en su casa cuanto tiempo gustasen, pues él tenía que ordenar sus pesquisas para capturar al terrible Wu-Chun.

Los pilluelos y Boston se encontraban a sus anchas en aquella hermosa casa, y ya habían olvidado los terribles peligros que habían corrido. Blake les atendía con gran cariño, y se dedi-



252

caban a pasear en automóvil y asistir a los espectáculos. Sólo amargaba su felicidad el no saber noticias de los padres de Rafa.

Diez días habían transcurrido desde los sucesos del barrio chino, y aquella mañana encontramos a los cuatro camaradas desayunando alegremente en la terraza del hotel de Blake. Este,



253

una vez concluido el desayuno, dijo levantándose: Mis queridos amigos; voy a daros una agradable sorpresa. Según telegrama que recibo de mi secretario, mañana estará aquí y nos dirá el lugar donde se halla la familia de Rafa.

Al oír estas palabras, el muchacho se levantó para abrazar a Blake, y en este momento un agudo silbido se oyó en



254

la habitación y una flecha se clavó en el marco del ventanal. El detective empuñó rápidamente su pistola y disparó tres veces sobre una sombra que huía por el jardín; pero sin duda no debió de hacer blanco. En la madera seguía clavada la flecha, que atravesaba además un papel enrollado en ella.

¿Qué diría aquel extraño mensaje?



Por un resbalón casual cogen a un "caco" genial.



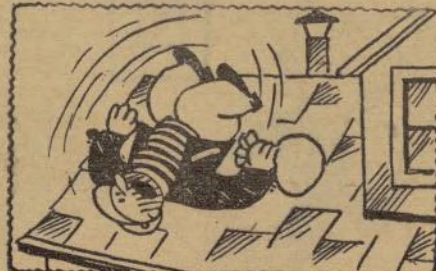
Camina el buen Sínforoso llevando un tubo precioso.



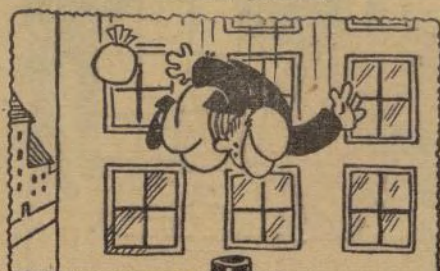
Mientras, este "caco" artero se está llevando el dinero.



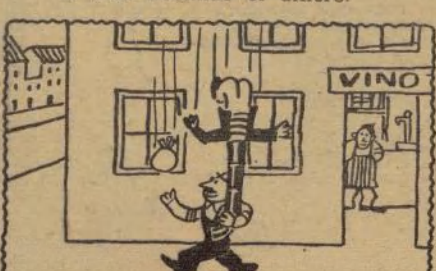
Después de su fechoría, le sigue la policía.



Y al huir por un tejado, el ladrón ha resbalado.



Rodando con ligereza viene a caer de cabeza.



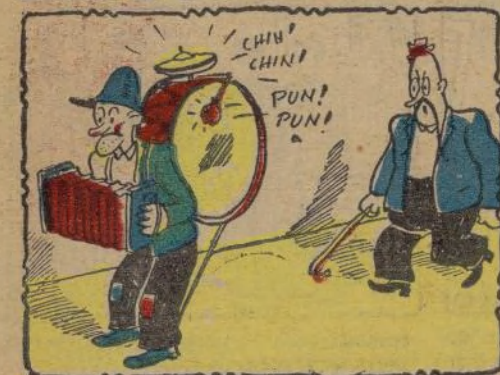
Sínforoso, que no es lardo, procede con buen acuerdo.



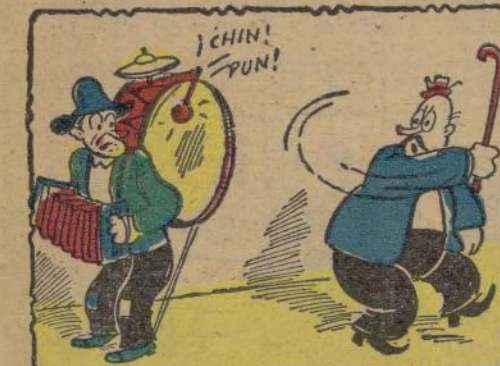
Corriendo sin dilación a entregar al gran ladrón.



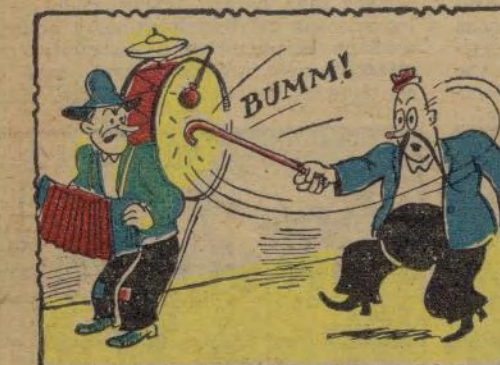
# DON SEVERO AVENTURERO



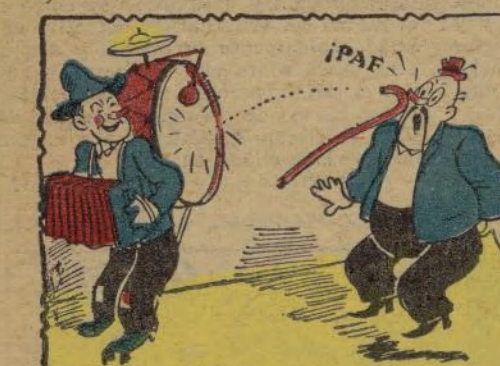
A don Severo le molestaban los murguistas, porque él era un aficionado fetén de las fusas y semifusas.



Y como aquel murgante le molestaba más que un sabañón en las narices, don Severo quiso tomar represalias y le salió el tiro de retroceso, con grave detrimento de su físico, como

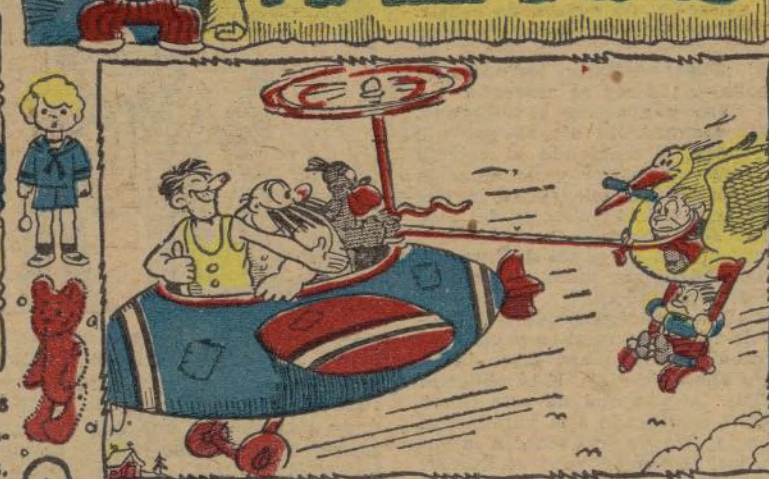


podéis ver gráficamente. ¡Pobrecito don Severo!

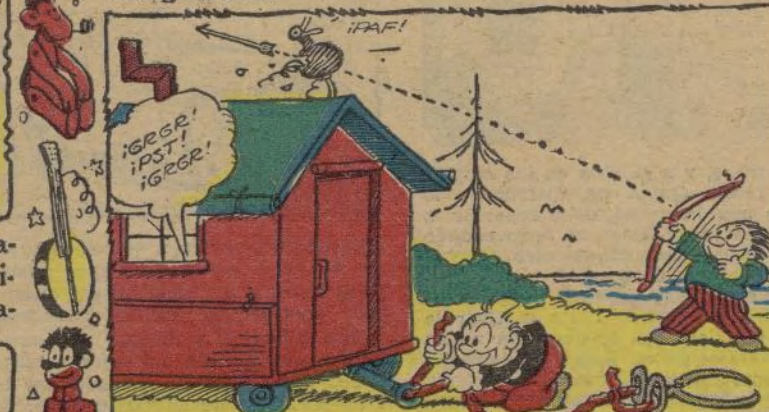


podéis ver gráficamente. ¡Pobrecito don Severo!

# HAZAÑAS AL ALIMÓN DE TARUGO Y PERDIGÓN



○ Tizón, que tiraba el lazo mejor que un vaquero, capturó bien pronto a la Serafina, y Pérez Oso, embalandó su aeróstato, remolcó a los prisioneros camino de la casa, donde les iban a hacer polvo las retaguardias.



Y su imaginación calenturienta ideó una venganza digna de ser cantada en coplas de ciego; para ponerla en práctica, lo primero que hicieron fué atizarle candela al radio-pato centinela para que no les delatase.



dose a la ventana, vieron, emocionados hasta la camiseta, cómo la ballena les llevaba mar adentro, y dando furiosos resoplidos, que nada bueno presagiaban para los ocupantes de la caseta del inventor, que se iban a hacer fosfatina.

podéis ver gráficamente. ¡Pobrecito don Severo!



Y, efectivamente, en menos que estornuda un griposo, la emprendieron a "cates" con los pilluelos, poniéndoles los cu... tis como una esponja, mientras Tizón le chutaba a Serafina con más elegancia que Samitier.

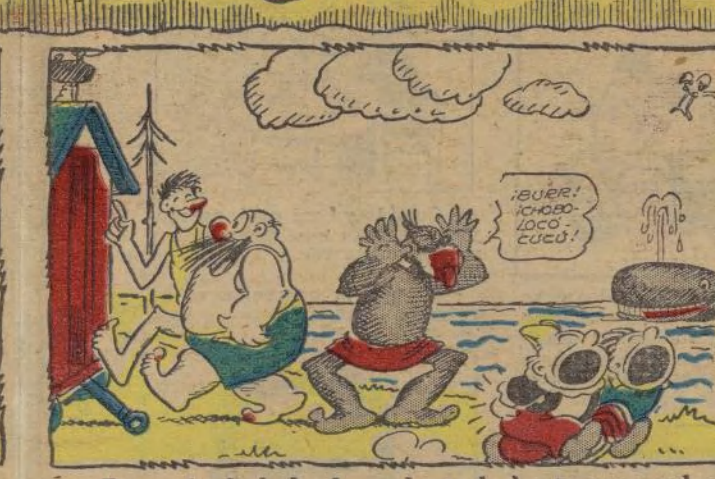


Luego ataron un fuerte cable a la casa donde dormían sus enemigos, y, aprovechando que la ballena amaestrada dormía como un ceporro, le clavaron en la cola unas agudas tenazas, a las que habían enganchado el otro extremo del cable.

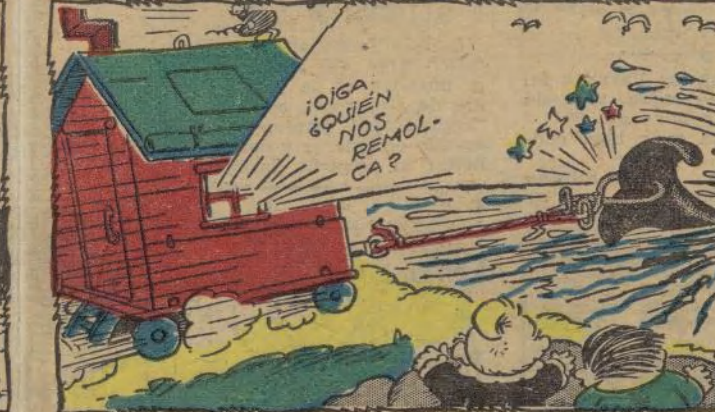


En efecto, la ballena, más ciega que un caballo de la plaza de toros, pasó junto a una roca, y en ella se estrellaron los camaradas, haciéndose puré una tibia Terre-Moto y estropeándose el hígado el inventor.

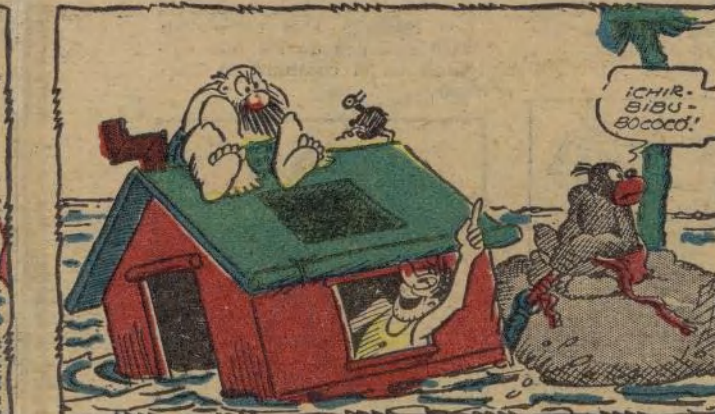
podéis ver gráficamente. ¡Pobrecito don Severo!



Después de haberles calentado hasta que se les hincharon las manos, Terre-Moto y el inventor dejaron a los pilluelos que se marcharan, abriendo unas bocas como para hacer competencia a los buzones de Correos.



El radio-pato centinela cayó sin decir esta pata es mía, y la ballena, al sentirse herida, dió un berrido espantoso y se metió mar adentro a una velocidad que, si se la cronometran, bate todos los "records" de velocidad.

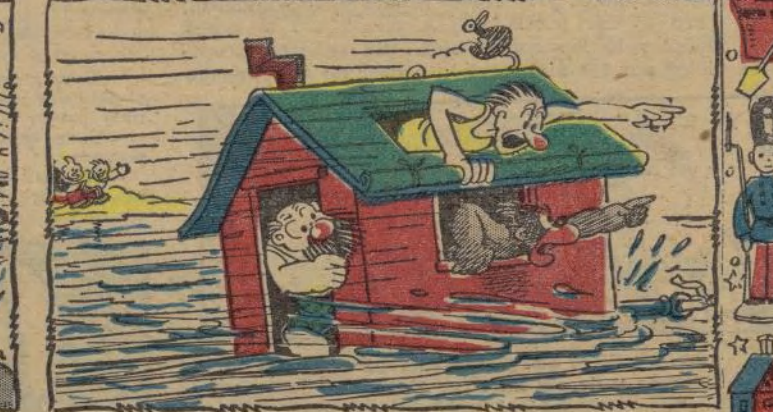


Y mientras Terre-Moto comenzaba a pensar en su triste y desdichado fin, comido por los pececitos, el inventor lanzó una exclamación de triunfo, mientras gritaba: "Animo, capitán; no tema nada estando junto a Pérez Oso"

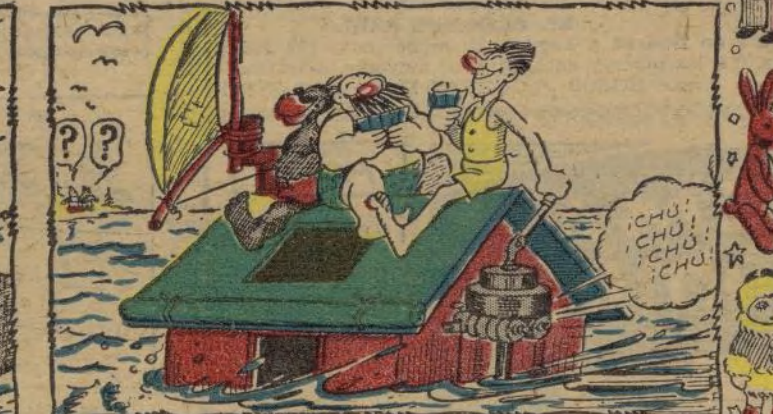
podéis ver gráficamente. ¡Pobrecito don Severo!



Pero no habían escarmentado por eso, sino que, al contrario, su odio hacia el trío de la bencina se había recrudecido, como se recrudecen los dolores de estómago cuando no se tiene a mano bicarbonato.



Los tres compinches, que dormían una hermosa siesta soñando que proseguían su partida de tute perrero sin que les molestaran, se sintieron de improviso despertados por un brusco tirón, y, asomán-



Y, efectivamente, el inventor, con aquella agudeza de ingenio que le caracterizaba, convirtió la cabaña en un magnífico "out-board", con el que se dispusieron a navegar tranquilamente, libres, por fin, de los pilluelos. (Continuará)

podéis ver gráficamente. ¡Pobrecito don Severo!

# TERESA NINA TRAVIESA



Teresa seguía cada día más traviesa, y con más odio hacia doña Tarsila, la vecina del segundo derecha,



que en la puerta de su casa había puesto un fiero guardián; pero Teresa, aprovechando el sueño del chu-



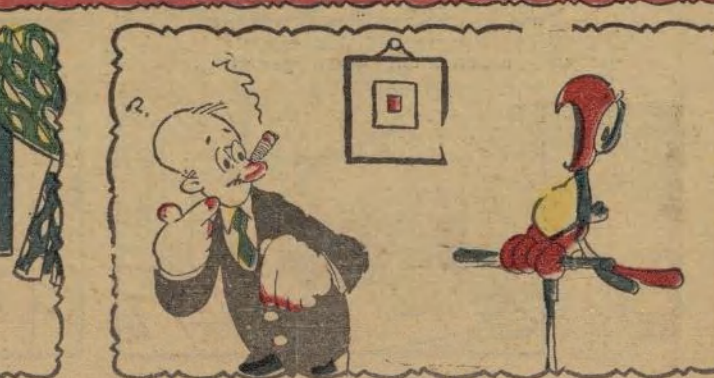
cho, le ató al llamador de la campanilla, y doña Tarsila pudo comprobar

prácticamente que Teresa no se arredaba ante ningún obstáculo.

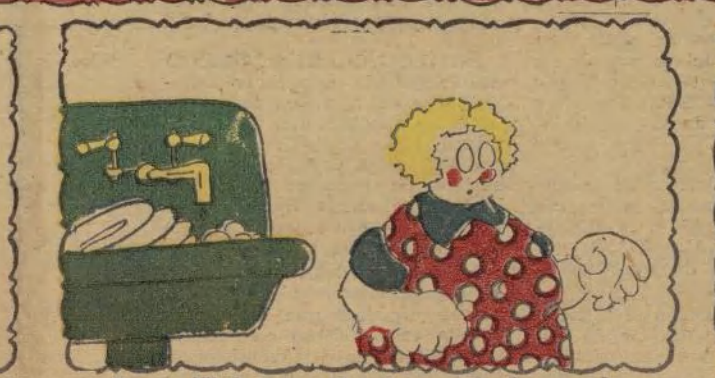
# Risa para la semana con "Laura" la charlatana



Don Fielato había comenzado a anunciar por "radio" su gran fábrica de pucheros de cemento, mediante un himno dedicado a los pu-



cheros de cemento. Pero don Fielato quedó disgustadísimo porque el tenor que lo cantaba lo hacía muy mal.



Iba a retirarse disgustadísimo, cuando oyó a Laura cantar el himno de los pucheros de cemento con una voz deliciosamente mala.



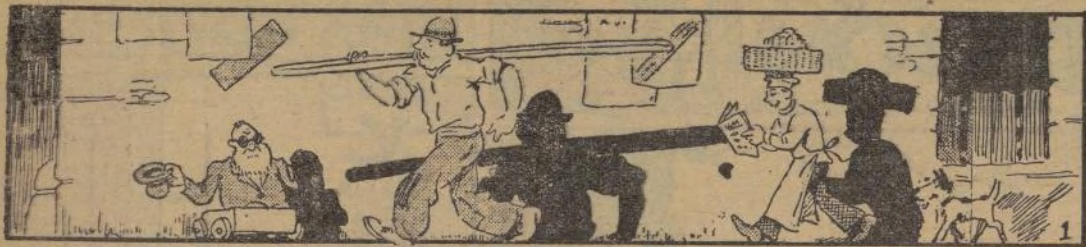
Doña Fielata estaba fregando los pucheros de cemento de su fábrica y salió entusiasmada al oír su himno: "¡Qué bien lo han cantado!"



Y su asombro fué enorme al ver a su querido Fielato que prodigaba a Laura frases cariñosas, mientras ésta seguía su canción: "Com-



# EL CARPINTERO, EL MENDIGO Y EL PASTELERO



El pobre mendigo pedía limosna sin que nadie se conmoviera ante su infortunio; en aquel barrio tenían peores entrañas que una hiena carnicera. Seguía el mendigo tendiendo, sin cesar, su mano a los transeúntes, que miraban al anciano con la misma despreocupación con que miráis

vosotros a una camiseta de entretiempo que acabáis de desechar. El pobre viejo estaba ya cansado de implorar y los brazos le dolían de tenerlos en ademán de súplica; pero, que si quieréis; nadie se conmovía del anciano, que no había recogido ni un miserable mendrugo de pan ni una



perra chica en toda la mañana. Acertó a pasar por allí un carpintero, que contestó desdenosamente a la petición del pobre: "Espere usted, que a lo mejor le cae la comida del cielo". Y un recadero que por allí pasaba, repitió a su vez la respuesta: "Espere usted, que a lo mejor le cae del cielo".

El carpintero, al oír repetir aquello, creyó que era el desvalido que repetía sus palabras para hacerle burla, y se volvió rápida y furiosamente; pero al dar media vuelta, chocó con la cesta, derribando los comestibles, que salieron despedidos por los aires, yendo a caer en el sombrero



del anciano; el cual, embolsándose los lindamente, y mientras carpintero y recadero se enzarzaban en una terrible discusión, le dió marcha a su cochecillo, murmurando filosóficamente: "En efecto; la comida me ha llovido del cielo. Gracias; muchas

gracias". Y es que todo aquel que se burla de los infelices y de los miseros, obtiene su justo castigo. Como les pasó al recadero y al carpintero del cuentecillo.

**EL PRINCIPE AZUL ha triunfado**  
EL PRINCIPE AZUL es la gracia fina y la emoción intensa, el triunfo clamoroso de unos grandes artistas, el éxito imponderable de una fastuosa presentación  
EL PRINCIPE AZUL son las 10.000 carcajadas, el espectáculo ideal para chicos y grandes, una obra moral, divertidísima, llena de belleza.

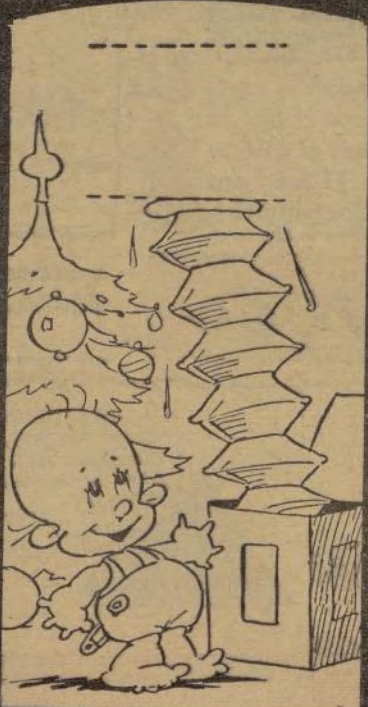
**EL PRINCIPE AZUL**  
se presenta los jueves y domingos en el **TEATRO FUENCARRAL**  
Encargue sus localidades por anticipado.  
Teléfono 31.204  
**EL PRINCIPE AZUL**  
de Bengoa y Legaza. El espectáculo que subyuga a los niños y encanta a los mayores. SORTEO DE PRECIOSOS JUGUETES PARA LOS NIÑOS

EL PAYASO



FIN

**CINEMA**  
**"Jeromin"**



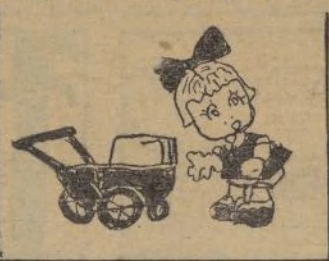
GATO FELIX



FIN

## AMENIDADES

Siete días, cuatro horas, veinticinco minutos y catorce segundos llevamos sin comer. Y la culpa de ello la tiene este dibujo de Carolinita y su mu-



ñeca, que desde Navalcarnero nos remite Solina Trejo, de ocho años de edad. Fué tal la admiración que nos produjo, que hasta hoy no hemos podido apartar la vista de Carolinita.



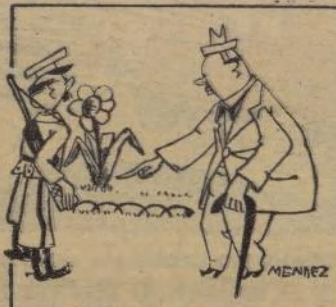
—Cuando yo me casé, mi mujer me quería muchísimo, y hoy no me puede ver.  
—¿Y eso?  
—Es que la pobrecilla se ha quedado ciega.



—Esas gafas las llevaron mi abuelita y mi madre, y desde muy joven las llevo yo.  
—Pues están muy bien conservadas.  
—Sí. Es que hemos mirado mucho por ellas.



La magnífica serenidad del Cristo, ha sido plasmada de modo magistral por el pequeño jerominista de Jerez de los Caballeros (Badajoz), al que nos complacemos en felicitar.



—¿Esta planta es de la familia de las fanerógamas?  
—Quíá, no, señor; es del Ayuntamiento.

Los ingleses solo conservan cuatro cañones de los que emplearon en el combate de Trafalgar.



—¿Me quiere usted decir dónde tiene el hígado?  
—No lo sabe usted?  
—Sí, sí; lo tengo en la punta de la lengua.



El niño que me ha dibujado tan estupendísimamente es Paquito Cáceres, de 11 años y madrileño

## EL "CLUB BOMBÓN"

Todos los días en los estuches de riquísimos caramelos que expenden los aparatos automáticos Casau, instalados en las estaciones del "Metro" de Madrid, bares, cafés, tiendas de ultramarinos, kioscos de periódicos y en otros muchos comercios, hallaréis las aventuras de BOMBÓN-PILIN-LUCERO. Por ellas os informaréis de las condiciones necesarias para ser socios del "CLUB BOMBÓN".

Además en JEROMIN encontraréis informaciones sobre las actividades del Club. A JEROMIN, calle de Alfonso XI, número 4, podéis dirigir vuestra correspondencia.

Todos los afiliados al "CLUB BOMBÓN" disfrutaréis de los regalos que se sortean periódicamente, y, además tendréis derecho a inscribiros en la Sección

Deportiva para practicar fútbol, ciclismo y, en general, atletismo.

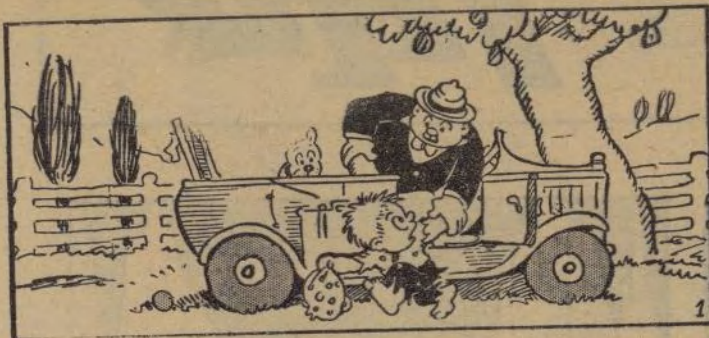
Todos los niños, cualquiera que sea la población donde residan, pueden ser socios del Club.

BOMBÓN, PILIN y LUCERO han acordado establecer Delegaciones del Club en todas las ciudades donde haya Aparatos Automáticos CASAU, para que sus amiguitos participen en los sorteos de juguetes y puedan inscribirse en la Sección Deportiva, tomando parte en los partidos de fútbol interclubes.

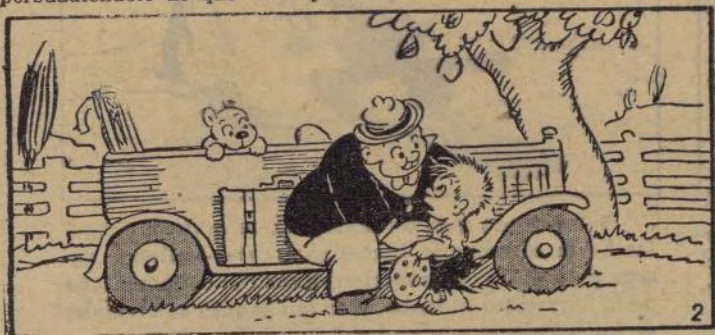
Además, podrán participar, asimismo, en los regalos de magníficos juguetes que todos los jueves se sortearán en "Radio España" durante las emisiones infantiles organizadas por JEROMIN.



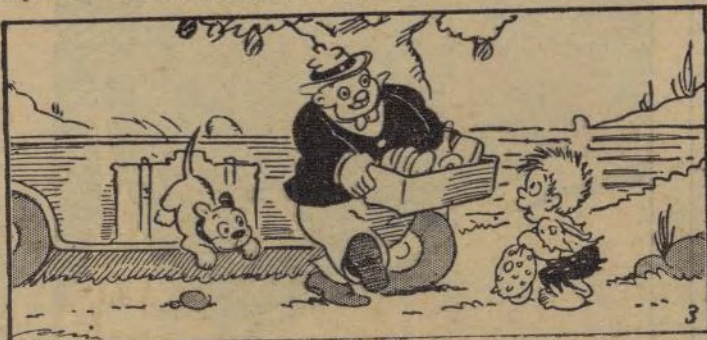
## DON SIMPLÓN Y DINAMITA



El chavea, una vez que hubo consumado su bélica hazaña quiso poner pies en polvorosa; pero don Simplón le agarró de un brazo persuadiéndole de que no huyera.



El buenazo de don Simplón cogió al chavea y empezó a darle coba por lo fino: "Estate quietecito, ricura. ¿Por qué quieres escapar de nuestro lado, preciosidad?"



"Mira, mira; os voy a servir una meriendita que os vais a chupar los gustos de dedos; digo, los dedos de gusto". Así prosiguió nuestro hombre mientras sacaba las viandas.



El bestia del niño, que tenía una carita de bruto que no podía con ella, no se hizo de rogar mucho y comenzó a meter mano a los bocadillos a doscientos por hora.



Y mientras don Simplón, al ver el apetito del nene, lloraba emocionado ante su acto caritativo, el nene seguía tragando como una máquina y dándole a Dinamita.



Luego, el nene se quedó dormido, soñando con que don Simplón era un ángel, y don Simplón llamó a Dinamita para retirarse, sin sospechar el jollín en que les iba a meter el chavea.

## BAJO EL IMPERIO DEL TERROR

AVENTURAS DE UNOS MUCHACHOS EN EL PARÍS REVOLUCIONARIO

### CAPITULO XI

Los dos esbirros

¿Qué ha sido, entre tanto, de nuestro amigo Emilio? Este había caído, durante la fiesta callejera, en manos, no de uno, sino de dos ciudadanos, que aferrados a sus brazos, uno a cada lado, lo habían arrastrado a lo más denso del tumulto. La peste de aguadiente que despedían demostraba que su borrachera no era fingida como la del compañero de Pablo, y de su soeces palabras y expresiones se desprendía claramente que pertenecían a lo más abyecto de la plebe.

Acabóse, por fin, también para él, aquella zara-



brias, desiertas y fangosas. Entonces decidióse a huir, fuese como fuese, y recurrir a la astucia, ya que por la fuerza no habría de poder contra dos hombres. Comenzó a fingir mucho más cansancio del que realmente sentía y a arrastrar los pies como quien no podía dar un paso. Con esto convenció a sus secuestradores de que no podía escaparse y logró, por fin, que cediese la tenaz presión con que le sujetaban. Aprovechando entonces el momento de volver una esquina, sacudióse tan violentamente, que desconcertando a los

banda infernal y se vió, al cabo, con sus dos inseparables cantáridas en una de las calles laterales por donde iba desaguando aquel piélago de gente. Volvióse entonces hacia él uno de sus acompañantes, y le preguntó:

—Oye, muchacho, ¿te has dejado la lengua en tu pueblo? ¿No tienes nada que gritar, como ves que lo hacen todos los ciudadanos?

—Soy del campo y nada sé de las cosas de la ciudad. Dejádme marchar, por favor.

Su petición fué acogida con risotadas y Emilio se dió cuenta de que cada vez se alejaban más de los barrios populosos y de las calles frecuentadas y se metían por un laberinto de callejas som-

dos revolucionarios logró arrancarse de sus brazos, y volviéndose la espalda echó a correr, desandando las calles por donde le habían llevado.

Protegido por la oscuridad de la noche, logró ganar bastante delantera a sus enemigos; pero asustóse al oír que éstos daban voces de alarma, invitando a los vecinos a detenerle: "A ese; cogedle; es un espía de los aristócratas."

Afortunadamente los vecinos, rendidos por el cansancio de la fiesta y por el vino, estaban más para dormir que para cazar espías, y nuestro Emi-



lio pudo ganar un centenar de pasos de ventaja. Dobló entonces una esquina y vió enfrente una casa a medio derruir. Saltando como un corzo por encima de los escombros, atravesó rápidamente cinco o seis habitaciones medio derruidas, y con la celeridad del rayo buscó y halló un escondite seguro. En un ángulo había una viga empinada que servía de puntal, trepó por ella y se agazapó en un rincón del techo de una pieza, de modo que podía observarlo todo sin ser visto.

Sus perseguidores pasaron de largo; pero al llegar a la primera encrucijada y no descubrir ras-

tro del fugitivo, comprendieron que se habría escondido en aquellos derribos y retrocedieron para registrarlos.

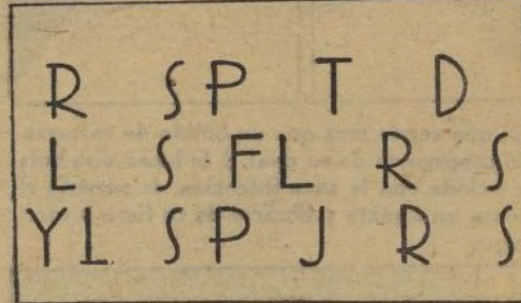
Por aquí se debe de haber escabullido. Con paciencia no se nos escapará. Mejor será que esperemos a que pase una ronda y de paso podemos oíjar lo que pasa en la calle. El muchacho me huele a espía, y aquel otro que le acompañaba echaba un tufllo a aristócrata... Me parece que podemos hacer una buena pesca que nos valdrá nuestras buenas libras de recompensa.

(Continuará)

## PASATIEMPOS

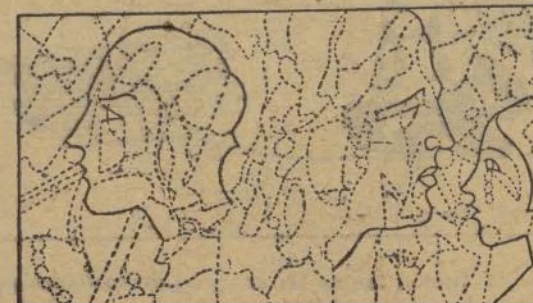


Con las iniciales de los objetos dibujados formar el nombre de un glorioso escritor español.

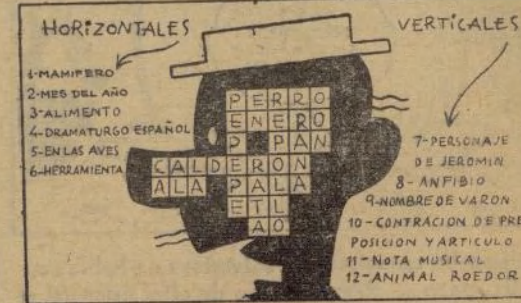


En los espacios comprendidos entre estas consonantes colocad vocales de forma que se lea una frase que no debéis olvidar.

### SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



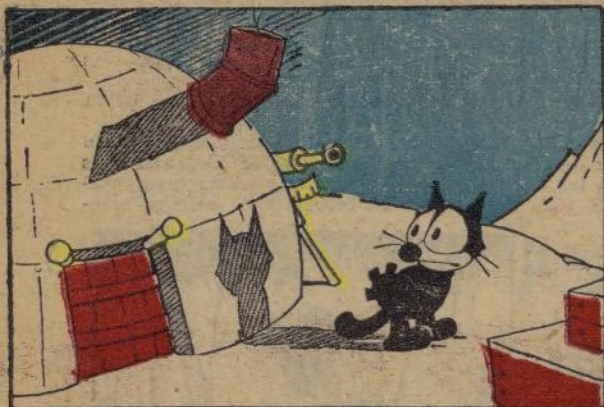
Ved las siluetas de tres cabezas que se podían reseguir en el laberinto de líneas punteadas.



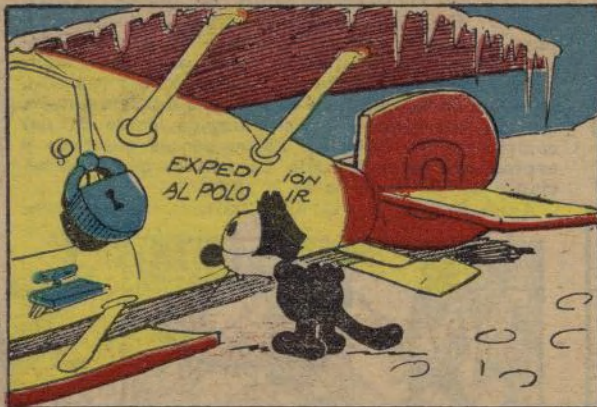
He aquí la solución del juego de palabras cruzadas propuesto en el número anterior.



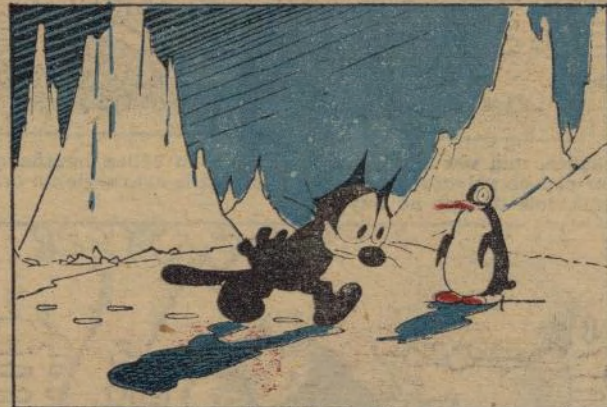
# ANDANZAS DE GATO FELIX



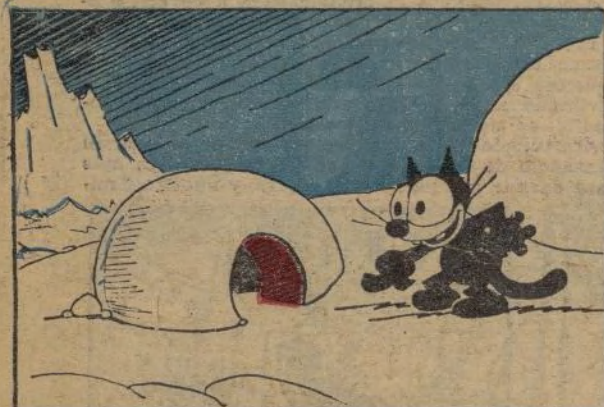
Los exploradores consiguieron salir de su atasco, como recordaréis, pero se pusieron muy malitos de tanto frío, y dejaron herméticamente cerradas todas las puertas del refugio, sin acordarse del pobrecito Félix.



Entonces fué el gatito a buscar refugio en el aeroplano, y vió, aterrado, que habían dejado sin quitar el candado de la cabina, y tampoco podría resguardarse allí, como era su idea salvadora por entonces.



Y pensando que, de seguir así, se le iba a congelar hasta el rabequé, comenzó a darse agitados paseos para entrar en reacción, mientras se lamentaba de la ingratitud humana, que tan pronto se olvidaba de los beneficios realizados.



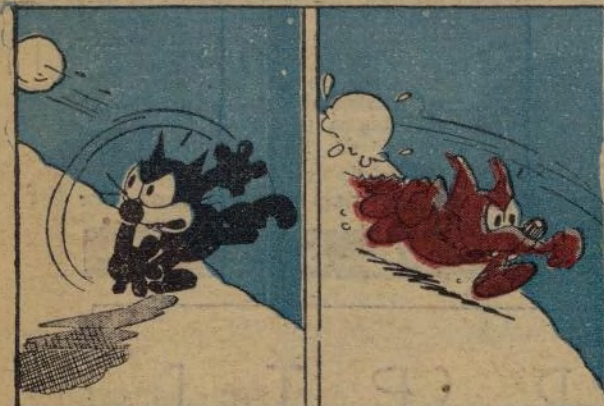
Y en sus continuos paseos vino a dar junto a un refugio pequeñito, y se conmovió mucho pensando que sus amos no le olvidaron, conforme había pensado, pues sin duda aquel refugio lo habían construido para él.



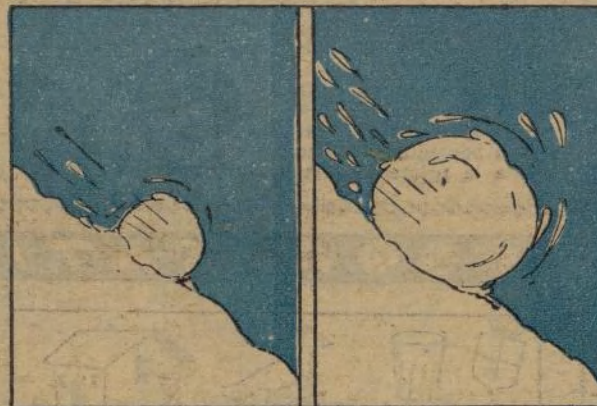
Y contentísimo y cantando de alegría la marcha de JEROMIN, fué a meter el morrete por la ventana, y entonces oyó, aterrado, un ladrido fatal que decía: "¡Maldita sea la clavícula del que me moleste! ¡Me lo voy a merendar!"



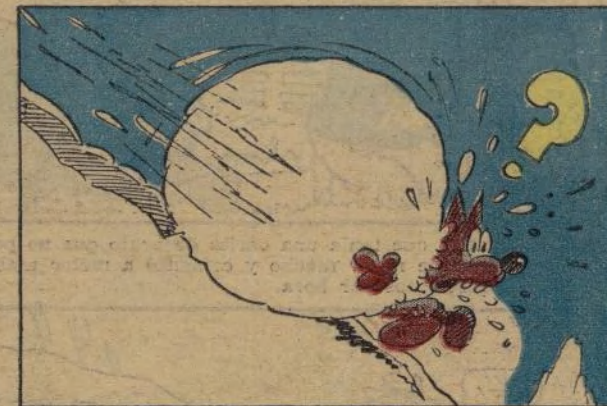
Y su espanto fué de "áupa" al ver que el refugio estaba ocupado por el jefe de los perros lapones, su mortal enemigo, el cual, al ver a Félix, se lanzó sobre él, decidido a pintarle un cuadro cubista en la barriguita.



Félix, que corría más que un bólido de carreras, consiguió despegarse de su rival, y le lanzó una bola de nieve helada con la sana intención de ponerle el hocico como un tomate y librarse de su fiero y mortal enemigo.



El perro lapón esquivó el bolazo y se lanzó cuesta abajo, más furioso que nunca. La bola de nieve comenzó a resbalar sobre la pendiente, y fué haciéndose cada vez más grande, como si hubiera tomado un reconstituyente.



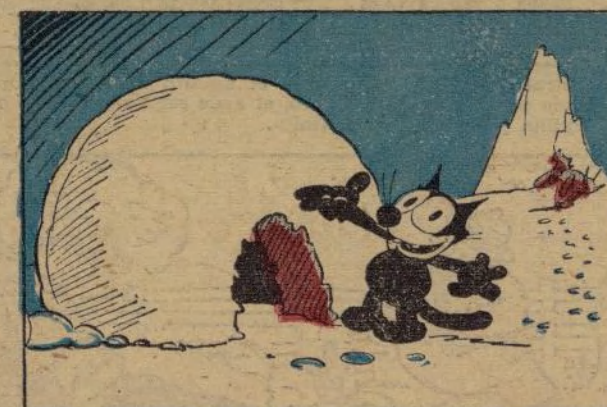
Y, al ir aumentando en peso, aumentó asimismo en velocidad, y, resbalando entonces a doscientos por hora, le atajó al perrote y le aplastó bajo su mole igual que si el perro fuera un borrón y la bola un secafirmas.



Con aquella circunstancia salvadora no había contado Félix, pero se alegró mucho de ello, pues así se veía libre de su enemigo, el cual comenzó a forcejear para salir a la superficie, pues allí dentro se asfixiaba.



Y fueron tantas las energías derrochadas por el perro lapón, que al fin consiguió abrirse un huequecillo, y salió disparado de su calabozo blanco, lanzándose ciego de ira en seguimiento de su enemigo Félix.



Pero al intentar escapar el fiero perro lapón hizo un orificio en la gran bola de nieve, y Félix, al contemplar aquello, lanzó una exclamación de alegría. El perro lapón, sin querer, había construido un magnífico refugio para el gato.

(Continuará)